

~~~~~

NOCHE CUARTA.

—o—

FITZ-ASLAND mi alumno, me dijo el abate de Fermont, al entablar la relacion de la cuarta noche, no tiene la flema con que se tacha á los naturales de su pais. Si la historia de las desdichas que refiero á Vd., le interesa bastante para desear su continuacion, tendrá que conocerle, pues ha hecho un papel muy importante, aunque bastante ignorado, como lo va Vd. á ver. Dirá Vd. al tratar á este jóven, ¿cómo es posible que con un carácter tan ligero y un genio tan divertido, se conduzcan tramas largas y formales, donde se cifra la vida de los hombres y el destino de todo un trono?

Quizas echará Vd. de ver, como me ha sucedido á mí, que un hombre es capaz de las acciones mas grandes, si tiene el corazon sensible. La sensibilidad y una estremada viveza son pues los elementos de la naturaleza de mi alumno. Apénas me vió, recien salido del Temple, la primera pregunta que me hizo, fué: ¿La reina conserva toda su hermosura y orgullo? ¿madama Isabel ha perdido aquella lozanía que todos encarecían sobremanera, sin duda porque era princesa; y que á mí, que no la miraba sinó como á una muger cualquiera, me gustaba harto poco? y la niña? qué linda era! ¿la sombra no ha marchitado aquel precioso capullo de rosa? Edwino, le respondí, es Vd. un atolondrado, ó algo peor; pero no quiero darle un mal rato. Con que acabo de contemplar los personajes mas respetables y los mas desventurados, y ¿me viene Vd. á preguntar

noticias de su lozanía y de su hermosura? y ¿qué no hay mas que mugeres entre los presos del Temple? Luis XVI, el primer monarca de la Europa, su hijo heredero de la corona mas brillante, que penan y espiran en una cárcel, ¿no son dignos del recuerdo de Vd.? Ay Dios! exclamó Fitz-Asland, ¡qué lúgubre será esa torre, puesto que está Vd. mas triste que cuando se salvó de la mortandad, que nada tenía de alegre! No olvido al rey ni al Delfin; pero la cortesanía requiere que se trate ántes de las señoras, y aun no me ha dado Vd. razon de ellas. — Despues de estas locuras, mi alumno hizo otras para que le contase lo que había presenciado. Hícelo así, aunqué con reserva, hablándole de lo que había visto, y no de lo que se me había confiado. Edwino reía y lloraba al mismo tiempo: se indignaba de la maldad de los verdugos, y admiraba

poco el espíritu de las víctimas, no porqué dejase de alcanzar su mérito, sinó porqué se consideraba interiormente capaz de igualarlas.

Cuando acabé, hablemos seriamente, me dijo, dejémonos de lamentos, y vamos á socorrer al rey y á su familia. Dicho se está que ese es el anhelo de Vd., y yo quiero acreditar me de digno alumno suyo. Como soy jóven y atolondrado, puedo manejar me á mis anchuras, pues no haciendo alto en mí, podré ser útil sin contingencia. Sáqueme Vd. licencia para entrar en el Temple á su lado: quizá no se arrepentirá Vd., y aun otros tambien me agradecerán esta tentativa. Entreguémonos, mi querido ayo, en parte al acaso, que siempre tiene la mayor cabida en los acontecimientos. — Cuando vi que mi loco hablaba con tal cordura, le ofrecí hacer presente al rey y á la familia su deseo, y pedir su bene-

plácito á Manuel, pues esta gestion era indispensable.

Con el nombre de este magistrado vuelvo á la conjuracion que capitaneaba. Me avisté con él al otro dia, y le manifesté la repugnancia del rey en avenirse á la propuesta referida. Además, le dije, aquí está esta carta suya para sus amigos de Vd. : vamos á verlos, se enterarán y deliberarán sobre ella.

Fuimos, y solo encontramos á Ducos y Vergniaud; pero por medio de una esquelita que les fué llevando el sordomudo, en ménos de una hora se reunieron. Esta es la carta de Luis XVI dirigida al señor de Maleshérbes.

## CARTA DE LUIS XVI

AL SEÑOR DE MALESHÉRBES.

(*Documentos justificativos, número 7.*)

« Ante todo, señores, os doy gracias por el interes que tomáis en la salvacion del estado y de mi persona. En medio de los delitos y de las desgracias públicas, me consuela el ver que hay todavía verdaderos franceses. Vuestra gloria será brillante, señores, si salváis el reino de los peligros de que se ve amenazado; y cualquiera que fuere vuestro paradero, será digno de admiracion y de envidia.

He oido con toda atencion las proposiciones que me habéis hecho por medio del señor Manuel. En seguida las he conferenciado con mi familia y con el abate de Fermont, que logra y

merece vuestra confianza. Voy á comunicaros, señores, las reflexiones que me han sugerido.

Opino desde luego, y aun me persuado, que el amor del bien general es el único móvil que os estimula: sin embargo, hasta ahora nada me lo manifiesta con certeza, ni me lo asegura para lo venidero. De autoridad privada solamente habéis concebido y queréis ejecutar el plan que me habéis comunicado; y si no, ¿cuáles son vuestros poderes, fuera de vuestra buena voluntad? Si al aceptar y hacer ejecutar la Constitución, he reconocido la soberanía nacional, ¿puedo hacer caso de esa propuesta, que la contrasta y la derriba?

Me diréis, que en la tormenta se manobra fuera de regla, y que el piloto que salva el bajel, sea como fuese, es acreedor á las alabanzas. Admito este principio, con tal que se le ciña

á la necesidad absoluta y demostrada.

Ahora os pregunto, ¿si la manobra que tratáis de adoptar para llegar á salvamento, es, no digo la única practicable, sinó una de las mejores y de las mas admisibles? no lo creo, para hablar sin rodeos. Temo al contrario, que de la pequenez á que me reducís con mi familia, se ha de originar un sinnúmero de males, no ménos lastimosos que los mismos que vais á evitar.

Si no se tratase mas que de mi persona, pasaría de largo, pues el brillo de la corona nunca me ha deslumbrado, ántes bien se me ha hecho intolerable desde el punto en que se me ha quitado la facultad de agraciar y favorecer; y así, se me debe creer cuando aseguro, que mi suerte personal es la que me da ménos cuidado.

Pero la Francia, en quien tantos siglos de cariño, ó sea de costumbre,

han producido un apego natural á la sangre de san Luis , y luego la Europa, habituada á colocar los reyes de Francia en la primera gerarquía de los monarcas , ¿ mirarán con indiferencia mi renuncia? ¿ Se podrá ignorar ú olvidar, que estaba yo preso , y en una palabra , que estaba en vuestras manos, cuando la firmé? Por otra parte, aunque hago justicia á la sabiduría de vuestros principios políticos, ¿ no teméis que la corta consideracion en que dejáis al príncipe real, perjudique á su autoridad? Creédme, señores , y consultád sobre esto con el señor de Malleshérbes , á quien va dirigida esta carta : cuanto mas poder, ensanches é independencia tenga la potestad ejecutiva, tanto mas bien gobernado ha de ir el estado , con tal que lo sea por las leyes.

Reflexionád, señores, sobre los reparos que se me ofrecen, y no los atri-

buyáis sinó á mi deseo de restablecer el órden de un modo incontestable. En habiéndolos desvanecido , estoy pronto á admitir vuestra propuesta ; pero en ningun caso el aspecto de los cerros y de la desdicha me obligarán á ser traidor á mi conciencia y á mi deber.

Firmado : Luis.

Fecho en la torre del Temple, á 8 de setiembre de 1792. »

Esta carta pareció que había causado gran sensacion en todos, mucho ménos por los principios de su contenido, que por la entereza de alma que suponía. Yo mismo, lo confieso, quedé pasmado de que Luis XVI la escribiese; y para no atribuirle á la reina, tuve que recapacitar, que su estilo era muy moderado, y que el rey había tenido siempre cierto teson en las pala-

bras, y no había mostrado debilidad sinó en las acciones.

Vergniaud tomaba la voz para ventilar la carta, cuando un pliego de Petition llamó la atención á otro objeto. Uno de los comisarios enviados por el pueblo al campamento de Gran-Pré, noticiaba al corregidor de Paris, que los progresos de los prusianos eran tan formidables como rápidos, pues aunque habían padecido algun descalabro en las gargantas de la Argona, el paso que se habían abierto por la Champaña, los conducía directamente á Paris, y amenazaba la capital. El comisario encargaba á Petion lo participase á la asamblea nacional, al consejo ejecutivo y al pueblo, para que se tomasen providencias, á fin de atajar las desgracias de una guerra estrangera, á que se agregarían los horrores de la civil.

El peligro es la piedra de toque de

las almas, y en esta ocasion pude graduar la grandeza y esfuerço de las que me cercaban. Léjos de que una noticia tan funesta las abatiese ó desalentase, me pareció al contrario que les había infundido mas vigor. La junta se disolvió, y su objeto quedó aplazado. Vergniaud se marchó á descollar en la tribuna nacional con la sublimidad de su elocuencia; Petion se dirigió hacia la casa de ayuntamiento, donde apenas le quedaba algun influjo; Roland se volvió al consejo ejecutivo, y venimos á quedar solos Malesherbes, Manuel y yo.

Dejemos á nuestros compañeros, dijo el síndico, emplear los recursos que su autoridad ó sus talentos les proporcionan: vamos á echar mano de la nuestra, pues la creo superior á todas. Vámonos al Temple á comunicar al rey la noticia, y le pintaremos con la mayor vehemencia los peligros de la pa-

tria y los suyos, para determinarle á desviarlos, adoptando nuestro proyecto y remitiendo su aprobacion al rey de Prusia : qué os parece? —

No hubiera sido este probablemente el dictámen del señor de Maleshérbes, ni tampoco el mio, si las circunstancias hubieran dado cabida á largos discursos; pero en un apuro tan urgente, el mejor partido era el mas breve. Accedí pues á la propuesta de Manuel, y nos encaminamos al Temple.

Ya se ha visto la práctica inconcusa de Luis XVI en no deliberar ni decidirse sobre nada sin la presencia y el arrimo de su esposa; y así la hizo quedar para oír nuestra embajada. Al paso que Manuel se esplicaba, el semblante de María Antonieta, casi siempre anublado, se iba despejando, sus ojos centelleaban de gozo, y la sonrisa altiva del orgullo satisfecho rebosaba por sus labios. ¡ Ah, exclamó despues del razo-

namiento del síndico, yo respiro : la Europa se levanta : temblád, foragidos ; los grillos con que nos habéis oprimido, van á recaer sobre vosotros ! — Señora, interrumpió Manuel, esas razones inconsideradas no son de peligro en mi presencia ; pero mirád que estáis todavía presa, y que vuestro destino se halla en las manos de los mismos á quienes estáis desafiando. — Señor síndico, replicó la reina, diga Vd. mas bien que el suyo está en las nuestras : nunca hemos estado mas seguros, y si nos arrancan un cabello, París responderá de semejante atentado. — Señora, le dije yo entónces, ¿ para qué espresa vuestra boca lo que no siente vuestro corazon? Dignaos recordar los sentimientos que sabéis pintar con tanta ternura ; uníos con nosotros para el honor y la conservacion del rey, para la seguridad de vuestro hijo y la vuestra, y determinád á su

magestad á entablar con el rey de Prusia una negociacion saludable á la Francia. Ya no sois austríaca : sois esposa del que reinó sobre nosotros y puede reinar todavía ; y en fin , puesto que sois madre , me valdré de la voz de este niño tan amable para llegar á vuestro corazon.

Ah , señor de Fermont ! me dijo Antonieta reprimiendo los suspiros : ; cuánto predominio tiene Vd. sobre mí ! y cuánto me pesa de ser tan dócil ! Bien , señor , continuó hablando con su esposo ; hacéd que resalte mas la ingratitud de los rebeldes con vuestra bondad ; escribid al rey de Prusia , ya que lo quieren ; y preparád á los verdugos el indulto que pagarán sin duda con nuevos atentados. No importa , dijo el rey , habré cumplido con mi deber. Soy frances no ménos que monarca ; y en cualquiera calidad que obre , debo echar el resto para alejar

los enemigos de mi país. — Luis se metió en una torrecilla que le servía de gabinete , y estendió la carta , cuya copia es la siguiente.

### CARTA DE LUIS XVI

AL REY DE PRUSIA.

( *Documentos justificativos, núm. 8.* )

« He sabido con sumo disgusto , primo mio , la entrada de V. M. en el reino de Francia , y los triunfos que alcanzan diariamente vuestras tropas sobre las francesas. La injusticia , de que soy víctima , nó me ha desnaturalizado de mi patria : la amo tiernamente , y no puedo ver sin pesar que la tratéis como enemiga. Si intentáis desagraciarme , os lo estimo y agradezco ; pero debo deciros , primo mio , que yo no he pedido semejante fineza. El que



yo quede sacrificado por las facciones, ó derribado por el consentimiento público, es asunto mio. En el primer caso moriré mártir, y los corazones verdaderamente franceses me llorarán, aun cuando no se reúnan para salvarme, como debo esperarlo. En la segunda suposición, ¿os corresponde por ventura el dictar leyes á un pueblo extranjero? Si yo me convengo, ¿os debéis mostrar mas zeloso que yo apesadumbrado?

El modo libre y desenfadado con que hablo á V. M., debe demostrarle, que en medio del arresto conservo la libertad del alma, y la empleo para rogaros encarecidamente, alejéis del territorio frances vuestros ejércitos triunfantes. Hay algunas interioridades que no deben encomendarse al papel; pero el sujeto encargado de entregaros este pliego, lo está igualmente de comunicaros mis intenciones particulares. Su-

puesto que habéis tomado posesion en mi nombre de la plaza de Verdun, espero tendréis la bondad de cumplir con el primero de mis deseos, intercediendo con S. M. el emperador, para terminar una guerra funesta, y restablecer la tranquilidad en Europa. Entre tanto ruego al Señor, primo mio, conserve y haga reinar larga y felizmente á V. M.

Firmado : Luis.

Fecho en la torre del Temple, en Paris, 9 de setiembre de 1792. »

Esta carta no llenaba los deseos y la esperanza de Manuel; pero en la crisis actual podía ser muy provechosa: por tanto no pidió mas, y yo quedé enteramente satisfecho, pues la miraba como un medio que ayudaría á rebajar las pretensiones de los conjurados, y á

mejorar en mucho la suerte de los presos.

Al disponer este mensaje, la intencion del rey, como él mismo lo apuntaba, había sido confiarse á una persona recomendable y segura. Se trató de nombrarla, y Manuel advirtió que para hacer frente á cuanto pudiera sobrevenir, había de ser del agrado de su magestad y del aprecio del rey de Prusia, sin desmerecer el concepto de los republicanos. El señor de Malesherbes llenaba las medidas en todo; pero su ancianidad era un obstáculo insuperable. Indiqué otro, que mereció la aprobacion, y cuyo nombre no es preso, aunque honra en el dia uno de los primeros cargos del estado. El resultado de las negociaciones que entabló con el rey de Prusia, acreditó su sabiduría, como la conducta que siguió y está siguiendo, demuestra su patriotismo. Es uno de aquellos pocos

hombres, que agenos de todo partido, han sobrevivido á la destruccion general, y así en la república como en la monarquía, siempre han tenido el corazon frances. Este elogio parecería muy escaso, si me fuese lícito nombrar el sugeto.

Despues de esta conferencia pedí al rey el favor de presentarle mi alumno; y como buscaba la respuesta en los ojos de la reina, Manuel se adelantó atentamente á asegurarle, que podía manifestar su ánimo con toda libertad. Antonieta se aprovechó de este agasajo, para decirme, que el rey y ella verian al lord Fitz-Asland con satisfaccion, y quedamos aplazados para el dia siguiente.

En aquel mismo recibió el encargo para la embajada de Champaña las instrucciones verbales del rey; pero como nadie intervino, ni aun la reina, cuya curiosidad supo burlar

Manuel, no referiré su pormenor, que saldrá á luz sin duda el día de las revelaciones.

Era yo depositario, como dije, de una carta de Antonieta para Toulan, que capitaneaba el partido de los realistas. Fuí á buscarle, y me descubrí con él. En extremo satisfecho de oirme, correspondió á mi confianza, manifestándome con toda sinceridad su corazon. Toulan era un jóven de mucha cortesanía y amabilidad, y á poco rato comprendí que estaba prendado de la reina, como ella lo había insinuado. Amante, mas bien que realista, y con el corazon encendido y el cerebro acalorado, no veía en el objeto de sus ansias, sinó una muger hermosa, encantada por el ensalmo de algun espíritu maligno, cuyo poder iba á contrastar. Su imaginacion fogosa y arrebatada había ido á parar á los siglos caballerescos, en que las beldades ge-

mían en un castillo, esperando el favor y amparo de algun cortes y valiente caballero. Tan desinteresado como animoso, no quería en premio de los servicios que hacía á Antonieta, sinó el honor de haberla libertado. Por lo demas había concebido con magnanimidad el proyecto, lo seguía con teson, y juraba desempeñarlo con esfuerzo. Entre todos sus secuaces no había uno, que, fuera del motivo general de su apego al régimen antiguo, no se hubiese determinado por algun interes particular. El uno por medrar, el otro por mantenerse, cuál por inclinacion á las tramas, cuál por la ambicion de los honores, y el menor número por el deseo de la gloria, ó para hablar con mas propiedad, por la vanidad de la nombradía. No estrañé, ni llevé á mal este egoismo, pues al cabo en todos los lances de la vida es el móvil mas poderoso y eficaz, porqué identifica á

los individuos con los sucesos, haciendo de una causa común que interesa poco, un negocio personal que mueve sobre manera.

Toulan, que á toda hora llevaba por escrito la razon del estado de su empresa, me leyó los últimos apuntes, para demostrarme que estaba muy inmediato el desenlaze. Entre los medios que él y los demas caudillos habían empleado, el que además del reparto del dinero les había surtido mejor efecto, era la publicacion de papeles sueltos y escritos periódicos. Mas por no estrellarse con la autoridad dominante, no habían estendido ninguno por Paris, y solo habían interesado algunos departamentos occidentales á favor de los presos. Debo tambien hacer á Toulan la justicia de decir, que el amor, que le había embelesado el espíritu, no le había estragado el corazon, pues amaba sinceramente á su país, y

no estaba en ánimo de favorecer á los estrangeros, que solo anhelaban la destruccion de la Francia. Cuando en medio de la conversacion vino á saber que yo era irlandes, me costó mucho probarle, que no era su enemigo, y dejarle satisfecho de la rectitud de mis intenciones. Preguntéle qué opinaba de Manuel, de Petion y de todos los que componían el partido, en cuyos misterios se me había admitido. Me respondió: Son hombres de bien, si cabe en los ambiciosos el serlo. Desprecian al rey, detestan á la reina, cuyo carácter se les hace temible, y quisieran, sin derramamiento de sangre y sin turbulencias, separarlos para siempre de los negocios. No profesan los principios abominables de esos trastornadores; pero como tienen talento, grandes virtudes y buen crédito, son otro tanto mas de temer. — Quise averiguar, si estaba enterado de su con-

juracion ; pero vi que ignoraba que la hubiese, y que los juzgaba solo por sus principios , acciones y palabras bien notorias ; y yo no creí deberle decir lo que sabia.

Despues de habernos aplazado para avistarme con los principales de su trama, dejé á Toulan , y me marché á cavilar sobre los medios de reunir y hermanar entrambas conjuraciones ; pero profesaban unas máximas tan encontradas , y se encaminaban á un objeto tan diverso , que no se me hacía aseguible el conciliarlas. La reina por sí sola presentaba mas obstáculos que la familia entera : Toulan reunía sus fuerzas y facultades por ella , y contra ella se armaba principalmente Petion y su partido. En una desavenencia tan terminante , ¿ cómo se había de hallar ni un pretexto siquiera para la menor composicion ?

Sin embargo , á fuerza de insistir ,

vine á juzgar que del obstáculo mismo saldría el medio de superarlo , si la reina amaba con bastante sinceridad á su esposo y á su hijo. Con el imperio absoluto que ejercía en Toulan , podía determinarle á hacer por estos lo que intentaba hacer por ella. Renunciando así voluntariamente al boato del Gobierno y al embeleso de la ambicion , facilitaba la alianza y hermandad de los dos partidos , cuyo objeto venía á ser idéntico , y que solo variaban en algunas particularidades.

Pero ¿ quién tomaría á su cargo el entablar con la altanera Antonieta semejante negociacion ? Fuí interiormente haciendo reseña de varios sujetos , y ninguno por una ú otra razon me parecía á propósito. Fijéme al fin en la tierna y generosa Isabel , que ponía todo su esmero en olvidarse á sí misma , para no cuidar sinó de los demas. En la corte había sido un modelo

de bondad, y en el Temple lo era de sufrimiento y de resignacion. Devota sin supersticion, filósofa sin desabrimiento, era tambien sabia sin querer parecerlo. El estudio y la amistad eran su dicha: su beneficencia en los dias de prosperidad aliviaba á los necesitados; pero en la prision no le quedaba mas tesoro que el de su corazon, para socorrer á sus hermanos y sobrinos. Por tanto conté con ella sin mas deliberaciones.

Hubo algunas dificultades que fueron retardando la entrada de mi alumno en el Temple. Con la seguridad de ser presentado, no podía contener su gozo y sus arrebatos; pero á fin de no dar cabida á los rezelos, ni comprometer al síndico, debía seguirmos en traje muy sencillo, aparentando ser un dependiente de la secretaría. Temía yo que su atolondramiento me hiciese arrepentir de mi condescen-

dencia; mas á la primera insinuacion me protestó, haciéndome mil cariños, que sabría acomodarse al lenguaje y modales adecuados al lugar y circunstancias.

Mi alumno, sin que sobresalga por su gallardía ó hermosura, no deja de tener una fisonomía agradable, que da muestras de su agudeza natural; y sabe realzar con el adorno y el aire de su porte las calidades físicas de que la naturaleza le ha dotado. Me detengo en esto, por el influjo y las consecuencias que tuvo. Entónces hice poco alto en estas particularidades, y solo por recuerdo puedó decir, que si bien se desentendía de la riqueza de su traje, ponía el mayor esmero en su hechura.

Apénas entramos en el cuarto del rey, donde estaba reunida toda su familia, el jóven lord llamó la atencion de todos. Le presenté á sus magestades, al príncipe y á las princesas, que le

agasajaron con el mayor agrado, y aun advertí que la reina había templado la altanería de sus miradas, y suavizado el eco de su voz para hablarle. Mi alumno estaba en sus glorias: su atractivo era tanto mas halagüeño y reparable, por la contraposición de una cárcel llena de mozos descorteses y de guardias desatentos.

Aun en presencia del rey, de Manuel y del ayo, las damas le hicieron un sinnúmero de preguntas. Las de Antonieta le dejaban á veces casi cortado, por el tono con que las decía: madama Isabel, no ménos afable, pero mas tímida, procedía con mas reserva, y la jóven María Teresa contemplaba á Edwino con ademán de admiración.

El síndico se aprovechó de aquella distracción, para instar de nuevo á Luis XVI á que aceptase el proyecto. Las cosas han venido á tal estremo, le

dijo Manuel, que quizá este es el único medio de asegurar vuestra salvación. Si la Convención se junta, y los alborotadores predominan, ya no será la corona, sinó vuestra libertad, y acaso vuestra vida, la que dará que temer. No malgastéis en indecisiones un tiempo tan precioso: salvaos, y salvád al estado. — Luis aseguró que á la vuelta del enviado cerca del rey de Prusia, daría su respuesta definitiva.

Había yo tenido la prevención de entender brevemente la relación de mis conferencias con Toulan, y mientras Manuel las había con el rey, conseguí poner mi billete en manos de Antonieta. Me dió las gracias á media voz con una espresion de complacencia verdaderamente extraordinaria; y en medio de todo tenía los ojos clavados en mi alumno, quien por su parte los fijaba en la princesa: lo cual no dejó de causarme alguna zozobra.